

cuya resistencia no tuvo fuerzas bastantes, pues todas las había invertido y fueron necesarias para acabar con la gigantesca Roma; y eso que á la aparición de los bárbaros, ésta se encontraba en su agonia, porque su misión estaba ya realizada. De ese sobrecogimiento vino su derrota en las orillas del Guadalete; pero no el aniquilamiento de aquella sociedad, que aún tenía destinos que cumplir y fines que llenar. Por eso, pasados estos primeros momentos de estupor, vemos al pueblo godo y sus afines rehacerse con dignidad y dar de sí héroes tan admirados como el gran Pelayo; pueblo tan sufrido para la pelea como el asturiano y reyes tan tenaces como los más directos sucesores de los Sisebutos y de los Wambas. Porque no debemos olvidar que el pueblo godo sufrió un revés muy grande y muy transcendental en los campos de Jerez de la Frontera; en ellos fué vencido, pero no fué en ellos destruido: sufrió como consecuencia lógica una grande transformación; pero el pueblo, que había contribuido á derribar de sus pedestales los dioses contenidos en el Panteón de Roma, era digno todavía y contaba con valor suficiente para entablar la grandiosa lucha de la reconquista de su patria; volviendo á sustituir los cánticos de los sacerdotes á las voces de los Muezines, que sólo por sorpresa pudieron dejarse oír en nuestra patria.

En este continuo pelear, en esta lucha sin término de ocho siglos, natural era que fueran poco á poco destruyéndose todos los monumentos de la raza sorprendida; no habiendo llegado á nosotros más que algo así como un vago recuerdo de lo que fué, acusado por la historia y sentido por la razón. Desapareció todo, ¡hasta sus monumentos arquitectónicos! barridos por tanto huracán de pasiones como se ha levantado en el largo transcurso de once siglos, teniendo que satisfacerlos con descripciones, verdaderas siempre, como procedentes de escritores allegados á aquellos tiempos, pero que distan mucho de producir en nosotros la solemne impresión que causarían la contemplación de las obras en sí mismas, pues es muy grande la que produce la lectura de las maravillas que atesoraba, por ejemplo, el Alcázar de Medinat-Az-zahrá de Córdoba, del estupor rayano en éxtasis que se siente al visitar las perfumadas y orientales estancias de la incomparable Alhambra de Granada. Sin embargo, algún resto nos queda de esta civilización, cual suspiro perdido entre los pliegues del tiempo; y como el espíritu humano no se da por vencido fácilmente, sino que escudriña, busca y estudia con afán, todo lo que puede conducirle á la consecución de su fin, así nosotros con el exa-

men de estas reliquias del arte, y ayudados por los datos traídos á la historia por más poderosas inteligencias que nos precedieron en estos estudios, hallaremos al fin las condiciones que sirvieron de base á esta escuela y la luz que guió el sentimiento de aquellos artistas.

El pueblo godo, al invadir la Europa occidental, en unión de los otros sus afines, no trajeron elementos propios de cultura artística, porque pueblos guerreros por excelencia, la guerra y el combate eran su ejercicio permanente; sólo trajeron el feudalismo, organización necesaria de la conquista, y al encontrarse con la arquitectura romana, les debió admirar tanta grandeza, respetando en lo posible sus monumentos, con tanta más razón cuanto que no era la tribu gótica de las más intransigentes y feroces, como se va descubriendo merced á nuevos y modernos estudios; así que en sus principios tomaron la arquitectura de los vencidos, imitándolos en sus construcciones; pero como ésta estaba en su período decadente por la influencia que sobre ella ejercieran las nuevas ideas cristianas, ideas que más ó menos ortodoxas eran también las de los godos; de aquí que la arquitectura de este pueblo fuera la que los historiadores denominan *Latina*, con las modificaciones propias y naturales de su modo de ser. Concluyeron, pues, por ser asimilados por la raza vencida, infiltrándose poco á poco en la vida del pueblo romano, el cual debía ser reconstruido más tarde con los mármoles procedentes de los templos del imperio latino.

El arte gótico es imitativo siempre, pero sobre todo en su primer período, ó sea hasta Recaredo I, adquiriendo después en el siglo VII, algún mayor esplendor, hijo de su mayor cultura y lujo. Imitativo de las artes romanas, debió ser en los monasterios Agaliense y de la Sisle, así como en la ermita del Cristo de la Luz, correspondientes á su primera época, en que apenas si habían tenido tiempo de trocar las armas por más pacíficos trabajos; pero dominadores de todos sus enemigos, establecida su capitalidad en Toledo de un modo definitivo, y poseedores de la unidad religiosa, elemento social traído por los godos á la vida pública; no es de admirar que en los monumentos de su segunda época se note ya algún más atrevimiento, mayor riqueza en sus adornos y aun influencias de otros pueblos extraños al romano, que habían de realzar algo más el valor propio de su arte, como veremos más adelante.

San Eulogio en su Apologético y refiriéndose á la basílica de Santa Leocadia, monumento del segundo período, la ca-

lifica de admirable, y aun cuando hoy no podemos justificar esta idea con el examen del monumento citado, por haber éste sufrido transformaciones muy radicales, sin embargo, nos quedan aún algunos restos del primitivo templo godo para juzgar que, aunque algo tosco con relación á los tiempos que le produjeron, no debió ser fábrica despreciable ni dejaría de acusar algún progreso artístico. D. Manuel Assas en su «Album artístico de Toledo» presenta los dibujos de diez y ocho capiteles y otros ornatos arquitectónicos de la escuela gótica, existentes en esta ciudad, cuyo origen está demostrado con razones muy poderosas y fundadas y cuyos capiteles no dejan de tener relaciones de afinidad con otros de la época latina que conocemos por la historia, y también la tienen con los de los edificios construídos en Francia durante la dominación de los merovingios, como son la catedral de Aquisgrán, San Juan de Poitiers, la basílica de San Eusebio cerca de Genes y la de San Pedro de Muns. Estos capiteles de que nos ocupamos, siguiendo al señor Assas, se encuentran hoy distribuídos: cinco en el segundo patio del hospital de Santa Cruz; cuatro en el Cristo de la Luz; uno en el jardín del Cristo de la Vega, y ocho en San Román, y en ellos se ve la influencia romana próxima á su desaparición, conservando analogías con los de los órdenes corintio y compuesto y de muy tosca ejecución. Los cinco capiteles del patio de Santa Cruz se sabe que proceden del templo ó basílica de Santa Leocadia y fueron trasladados á este sitio por Enrique Egas cuando en 1504 dió principio á esta soberbia construcción. Los cuatro que hay en el actual Cristo de la Luz están colocados sobre cuatro columnas situadas en el centro, son de distintas clases de piedra y ornatos, y están tan toscamente tallados al lado de otros corintios mucho más antiguos, que según D. José Amador de los Ríos se debe tener por indudable que han pertenecido á templo anterior á la conquista por los árabes, creyéndose por algunos que bien ha podido ser este mismo Cristo de la Luz primitivo ó la primitiva Santa Leocadia.

P. VIDAL,
Arquitecto.

(Continuará.)

UN PROYECTO

Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González.

Querido amigo y maestro respetado: Por indicación de un querido amigo de V. y mío estoy dando vueltas hace días en mi magín á un proyecto que so-